

REPUBLICA DE COLOMBIA

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

CONTRIBUCION DEL INSTITUTO

EN EL

CENTENARIO DE LA BATALLA DE BOYACA

1819 - 1919

BOGOTA
IMPRESA NACIONAL
1919

REPUBLICA DE COLOMBIA

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

CONTRIBUCION DEL INSTITUTO

EN EL

CENTENARIO DE LA BATALLA DE BOYACA

1819 - 1919

BOGOTÁ

IMPRESA NACIONAL

1919

M 260 P 29 1 B copia

INFORME DEL SECRETARIO PERPETUO

DOCTOR PEDRO MARÍA IBÁÑEZ, EN LA JUNTA PÚBLICA EXTRAORDINARIA DEL DÍA 10 DE AGOSTO DE 1919

Señores académicos:

Hoy 10 de agosto de 1919 se cumple un siglo del día en que Simón Bolívar llegó vencedor a la casona que llamaban enfáticamente los habitantes del Nuevo Reino de Granada Palacio de los Virreyes, desde ese día oficinas del Despacho de los mandatarios de la República de Colombia.

Este homenaje justísimo de veneración y reconocimiento que tributa hoy la Academia a la memoria de los padres de la Patria y fundadores de nuestra nacionalidad, lo repetirán con esplendor otras generaciones agradecidas en este día único en cada centuria.

Y es grato ver cómo al impulso de adelantada cultura cívica se ha concertado el homenaje colombiano en que toman parte los pueblos del país, de diversas y lejanas comarcas, como tributo y ofrenda a la memoria de nuestros abuelos los libertadores. Este instituto, guardián de los anales de esos hechos gloriosos, ha tomado activa parte en la ovación republicana, a la vez que los hijos de Venezuela y del Ecuador rinden con laudable sincronismo honores a los manes de los creadores de la América libre.

Este informe encierra sucinta relación de las labores académicas en los trabajos de glorificación de nuestros próceres y de nuestros grandes hechos de armas.

El ideal de levantar un arco de triunfo que sería testimonio perenne de respeto a los libertadores, y que se inspiraba en los monumentos de la antigua Roma y del París moderno, tuvo apoyo en Asambleas, Municipalidades y en el pueblo colombiano. Pero algunos órganos de la prensa lo derribaron antes de construirse, y la corporación, por decoro y para no sostener polémicas, devolvió las sumas recaudadas y desistió de su empeño. El juicio público ha sido favorable al ideal de la Academia; sus detractores lograron que no exista hoy un bello monumento en la capital de la República. Allá ellos.

En Ciudad Bolívar se levantó un busto para gloria del antioqueño Zea, Presidente del Congreso de Angostura hace un

siglo. En la erección representó a la Academia el correspondiente B. Tavera Acosta, historiador de reconocida competencia.

El académico don Raimundo Rivas, Presidente de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, acudió a este instituto con el fin de modificar y corregir las inscripciones que ornamentan el monumento de los mártires, erigido por la Presidencia de Murillo y terminado cuando regía la República Julián Trujillo.

El Concejo de Bogotá obsequia al presente una inscripción en bronce al Ayuntamiento de Tunja, con redacción concisa y oportuna. Nuestro consocio don Luis Augusto Cuervo, con el doble carácter de académico y de edil, debe presentar la ofrenda obsequiada por el Municipio de Bogotá y llevar la palabra por las dos entidades.

El académico don Alfonso Robledo hace parte de la Sociedad de Embellecimiento, y fue el padre de la idea de que la Nación adquiriera la hermosa Quinta de Bolívar, donada por el Libertador a don José Ignacio París y vendida por los herederos de éste a particulares. Apoyo tuvo ella en la Sociedad progresista, de que son miembros nuestros colegas Gerardo Arrubla, Emilio Cuervo Márquez, Luis Augusto Cuervo, Rufino Gutiérrez, Alfredo Ramos Urdaneta, Raimundo Rivas, Alfonso Robledo y Eduardo Rodríguez Piñeres.

Perfeccionado el negocio, y por tratarse de una casa histórica, se solicitó con buen acuerdo la cooperación de la Academia y se integró un comité de las dos entidades. El 7 de agosto tuvo lugar una misa campal en los alrededores agrestes y pintorescos de la casa de Bolívar, cuyas salas se destinaron a organizar una biblioteca y un museo bolivianos. En ese acto, entre los oradores, usaron de la palabra los académicos Raimundo Rivas y Alfonso Robledo, ambos con acierto y brillo, y con elevados conceptos para estos días que son de perdón y amnistía y no de recriminaciones. Encomió también la gloria de Bolívar don Diego B. Urbaneja, Secretario de la Legación de la República hermana y candidato para ocupar una silla entre nosotros.

Hace pocos días se cumplió el centenario del fusilamiento de la heroína Antonia Santos. La Academia delegó para representarla en la ciudad del Socorro, teatro del sacrificio, al honorable Presidente del Concejo y al correspondiente Manuel Carreño T., oriundo de esa región. Además ha honrado su memoria en el *Boletín de Historia* con apoteosis suscrita por el socio José D. Monsalve.

La Academia de Historia de Venezuela, para festejar el centenario de la batalla de Boyacá, abrió un concurso que nos transmitió la Legación de esa República en tiempo hábil; en la Sociedad hermana nos representaron el académico Juan B. Pérez y Soto y cuatro historiadores venezolanos: Pedro M. Ancaya, Manuel Segundo Sánchez, Rafael Villavicencio y Felipe Tejera. Todos recibieron las credenciales de estilo. A su vez, la Academia de Venezuela nombró sus Delegados en estas fiestas centenarias a nuestros consocios Carlos Cuervo Márquez, Luis Augusto Cuervo, Antonio Gómez Restrepo, Pedro María Ibáñez y Fabio Lozano y Lozano.

De acuerdo con la Junta de Festejos la corporación creó una Comisión formada por los socios Rivas, Cortázar, Ibáñez y Posada, para presentar temas apropiados como ornamento de la procesión monumental que tuvo lugar hoy para conmemorar el centenario de la jornada de Boyacá.

La Academia confirió oportunamente el cargo de Delegados para representarla en las fiestas centenarias de los triunfos decisivos de los libertadores, en la ciudad de Tunja, a los académicos Luis Augusto Cuervo, Arturo Quijano y Jorge R. Bejarano, quienes asociados al Presidente del Centro de Historia del Departamento de Boyacá, Canónigo Cayo Leonidas Peñuela, llenaron debidamente la simpática misión que les fue encomendada.

En junta extraordinaria de la Academia Colombiana de la Lengua honraron la memoria de los conquistadores en el 381º aniversario de la fundación de Bogotá y enaltecieron los méritos y glorias de los creadores de la República, los académicos Rafael María Carrasquilla, Director de esa corporación, y Hernando Holguín y Caro, hoy Ministro de Relaciones Exteriores.

Desde el mes de noviembre del año pasado fijó la Academia como tema para el concurso anual ordinario *Trascendencia de la batalla de Boyacá en la independencia de América*, el cual se cerrará con el año académico; en este certamen pueden tomar parte todos los colombianos. Concurso distinto abrió el instituto para trabajos de los Oficiales del Ejército en servicio, y eligió como jurados a los señores Generales Bernardo Caicedo, Carlos Cuervo Márquez y José Dolores Monsalve. Los calificadores estudiaron cinco temas: «Santander, militar,» por *Granadino*; «Nariño (1813, 1814),» por X; «Acción de la marina en la guerra de Independencia,» por *Argonauta*; «Preliminares para el estudio de la historia militar de Colombia y primeras operaciones de la guerra de Independencia,» por *Sargento Alería*, y «Sitio de Cartagena en 1815,» por *Adelfo Delmar*.

Van a abrirse las cubiertas de los Oficiales premiados, en la junta pública de esta noche. Dos Oficiales distinguidos, los Mayores del Ejército Jorge Mercado y Manuel París R., llenando las condiciones del Estatuto, han presentado memorias históricas como tesis para obtener cargo académico. Al presente son candidatos aceptados, e informarán sobre el mérito de tales estudios, en su carácter de socios, los académicos que constituyeron el Jurado Calificador del concurso militar. El Mayor Manuel París es autor de «Campaña en Boyacá en 1819,» y el Mayor Jorge Mercado de «Campaña de invasión del Teniente General don Pablo Morillo.»

En el histórico Colegio Mayor del Rosario, que dirige el académico Rafael María Carrasquilla, hubo acto solemne el día 7, nuevo homenaje a los manes de los patriotas. El señor Rector terminó su oración llevando a manos de la señora Sixta Suárez de Fonnegra y del académico Restrepo Tirado, esposo de doña Clementina Suárez de Restrepo, descendientes de Santander, sendas coronas de triunfo. Otras coronas fueron obsequiadas a las señoras Carolina O'Leary de Portocarrero y Mar-

garita París de Ortega; la primera para honrar en la descendencia del General Daniel Florencio O'Leary la generosa sangre británica, y la otra para exaltar las glorias de las familias Ortega y París, nombres venerandos entre los patriotas de la capital. Esas coronas fueron tributo para los vencedores de Boyacá.

El académico Ernesto Restrepo Tirado, de acuerdo con la Junta de Festejos, y como miembro de la corporación y representante de los herederos de Santander, llevó la palabra por la Academia en la tarde de este día en el sepulcro del Hombre de las Leyes, que se ha ornamentado con mayor holgura y estética en estos días centenarios.

A la vez, en la casa número 216 de la calle 16, que fue habitada y consagrada por la muerte de Santander, preside el General Restrepo Tirado una exposición de objetos y retratos que pertenecieron al organizador de la República o que representan al primer Vicepresidente de Colombia la Grande con rasgos artísticos de diversos pintores, la cual se abrió el día 8 en las horas de la tarde. Esta exposición temporal, nueva y original apoteosis de este Libertador ilustre, ha despertado viva curiosidad y es admirada en la misma sala en que falleció Santander en 1840, y en donde su viuda, doña Sixta Pontón y Piedrahita, tributó culto a las cenizas del héroe por muchos años, hasta el de 1862, en que terminó la existencia de la viuda, venerable institutera y ornato de la sociedad de esos tiempos.

La estatua del patricio José Ignacio de Márquez, fundida en bronce por hábil artista italiano, que como homenaje de la Patria y por Ley nacional ha sido admirada en la Avenida de la República, es oportuna justicia tributada a los manes del gran juriconsulto. Es del caso recordar que Márquez, joven aún, presidió el Congreso Constituyente de Cúcuta y que él dio posesión a Bolívar y a Santander cuando ocuparon por primera vez las sillas de Magistrados de la Gran Colombia.

En la actual exposición de pintura lucen dos cuadros del académico artista Ricardo Moros Urbina: el campo de Boyacá, donde se decidió nuestra Independencia, y la batalla gloriosa, descrita con verdad y concisión por el General Jefe Carlos Soublette.

Atendió el Ayuntamiento bogotano excitación oportuna de esta Academia para dar a tres calles de la capital los nombres de Anzoátegui, de Soublette y de Manuel Manrique, y nos hizo saber el acuerdo favorable la voz del Edil don Luis Augusto Cuervo, Secretario Auxiliar de la corporación; tal disposición es señalada y práctica muestra de hermandad y simpatía para los libertadores venezolanos que obtuvieron lauros y glorias en la campaña corta y brillante de 1819.

También inició la Academia desde el mes de abril, acogiendo la idea del socio Raimundo Rivas, la impresión de un libro para reproducir en él el buen trabajo del publicista Angei María Galán, sobre el personal de las Legiones Británica e irlandesa; el cual abraza nombres de Oficiales españoles, franceses, alemanes, polacos, rusos, suecos, antillanos, mejicanos, canarios, norteamericanos, italianos, brasileros, holandeses, e hijos de Malta y nativos de África.

Algunos miembros del instituto han contribuido a la apoteosis centenaria con la preparación o impresión de libros que consagran y honran los hechos y vidas de los padres de la Patria. Para esta fecha son de lectura provechosa la «Vida de José Ignacio de Márquez,» por Carlos Cuervo Márquez; «Los Parisés,» por José Joaquín París, redactado por el Vicepresidente Gustavo Arboleda; el primer volumen del «Epistolario de Rufino Cuervo» y «Los Emigrados de 1819,» por Luis Augusto Cuervo; «Antonia Santos,» por José D. Monsalve; «Campaña de Boyacá,» por J. M. Henao y Gerardo Arrubla, y el «Album del Centenario,» por el Canónigo Cayo Leonidas Peñuela, Presidente del Centro de Historia de Tunja. En el «Repertorio Histórico,» órgano de la Academia Antioqueña de la Historia, dirigido por nuestros colegas Tulio Ospina y Eduardo Zuleta; en el «Boletín de Instrucción Pública de Cundinamarca,» que redacta el socio don Gerardo Arrubla; en «El Santafereño,» semanario de don José Joaquín Casas, y en el «Repertorio Boyacense,» del Centro de Tunja, han colaborado plumas académicas, y ellas y los autores de libros en prensa, don Luis Orjuela, «Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica;» don José María Restrepo Sáenz, «Próceres neivanos,» y don Pedro M. Ibáñez, cuarto volumen de «Crónicas de Bogotá,» han redactado páginas para honra de los fundadores de la Patria. Por insinuación de la Academia se publicará oficialmente la «Biografía de Salvador Córdoba,» estudio serio y documentado, por don Alejandro Mesa Nicholls. Otros libros, todos de mérito, serán mencionados en el informe anual, por no ser sus textos ovaciones especiales al centenario. En revistas como «Cromos» y el «Gráfico» y en ediciones especiales de la prensa diaria han colaborado los miembros de la Academia, exaltando los méritos de los libertadores. Citamos de entre ellos a los socios F. de P. Borda, Max. Grillo, Fabio Lozano y Lozano, Eduardo Posada y Arturo Quijano.

Sometió a la Academia la honorable Junta de Festejos el proyecto de celebrar el 7 de agosto con una velada literaria en el Teatro de Colón y premiar en ella varios concursos de arte. Aceptada la idea, recibieron comisión los académicos Roberto Cortázar, Pedro A. Peña y Arturo Quijano, de asesorar un grupo de honorables damas de nuestra alta sociedad, encargadas por la Academia para organizar este festival como apoteosis para el Libertador. Las enfermedades y la muerte arrancaron de ese grupo de señoras a doña Carolina Márquez de Cuervo, hija del Presidente del Congreso de Cúcuta, esposa de don Luis María Cuervo, biógrafo de la heroína Antonia Santos, y hermana política del académico ilustre Rufino José Cuervo; y a doña Agustina Tanco de Mancini, quien perdió una hija, ornato de la sociedad y hermana de nuestro lamentado consocio el historiador Julio Mancini.

Quedó integrado el Comité de señoras por doña Inés Marroquín de Vargas, doña Amalia Reyes de Holguín y doña Elena del Corral de Soto. La Academia indicó, entre otros, para el brillo de la velada, el bello tema de coronar el busto de Bolívar,

de Tenerani, con la corona de oro que se guarda en el Palacio presidencial, por veinte señoritas que llevan en su sangre e imitarán en su indumentaria y atavíos al grupo histórico de damas en la apoteosis triunfal de septiembre de 1819.

El instituto, por dificultades de armonía en el programa de este homenaje, acordó celebrar la fiesta de esta noche como tributo especial de la corporación en las fiestas centenarias. Y ella es continuación del desfile cívico con el cual la Academia llevó las coronas de la apoteosis en el día de hoy, desde el sepulcro de Santander hasta el bronce del Parque que lleva su nombre.

Confió el instituto la organización del desfile cívico a nuestros consocios Roberto Cortázar, Pedro A. Peña y Alfredo Ramos Urdaneta. Y ellos, y la distinguida señora doña Emilia Valenzuela de Ramos Urdaneta, supieron llevar a cabo en forma espléndida el homenaje público y solemne que recorrió las calles de la ciudad en el día de hoy. Como acto de justicia la Secretaria rinde a la señora Valenzuela de Ramos Urdaneta, interpretando el querer del instituto, rendido agradecimiento de simpatía por su habilidad y patriotismo.

El académico don Fabio Lozano T. abrió este desfile con brillante oración, digna del alto objeto a que iba dirigida, y de las dotes oratorias que posee el reputado tribuno. Ante la estatua de Santander usó la palabra el académico Quijano, en nombre de la Academia de Jurisprudencia, y el académico Max. Grillo, en representación de la familia.

Para honrar los méritos excepcionales de José Manuel Restrepo, adoptó el instituto la idea de un homenaje especial. Emigrado Restrepo en tiempo de la reconquista, Gobernador de la Provincia de Antioquia, cooperador de la libertad de ella con José María Córdoba; miembro del Congreso Constituyente; Ministro de los Gobiernos de Bolívar y Santander, e imparcial y laborioso autor de la «Historia de la Revolución», tiene su memoria títulos suficientes para que en este centenario su nombre ocupe lugar de honor. Por el mes de marzo don José María Restrepo Sáenz y su familia coadyuvaron al ideal de fundar una galería de historiadores, ofreciendo el retrato del preclaro Restrepo, con el cual inauguramos hoy la pinacoteca de los colombianos que con su pluma han trabajado para el provecho de otras generaciones en los anales de la Patria.

El doctor Eduardo Zúñiga, hoy Presidente de la Academia Antioqueña de la Historia, conterráneo del ilustre historiador y autor de artículos apoloéticos para el ecuánime y probo Restrepo, hará de él nuevo y justo elogio en la tribuna académica.

La Presidencia va a discernir los premios del concurso militar concedidos por nuestro instituto. Quedan consignadas en esta memoria las labores patrióticas con que la Academia ha contribuido con amor para el país y con el desinterés acostumbrado, para glorificar en estos días los hechos memorables de que fueron autores hace un siglo los padres de la Patria.

ANTE LA TUMBA DE SANTANDER

LO QUE FUE EL HOMBRE DE LAS LEYES

En la peregrinación a la tumba del General Santander pronunció el General Ernesto Restrepo Tirado el siguiente discurso :

«No es mi propósito hacer el elogio del General Santander. Oradores me seguirán en el uso de la palabra, que con más elocuencia os dirán cuáles fueron los méritos y cuáles las virtudes de este eminente ciudadano, cuya vida debiera ser de todos conocida. El relato de sus servicios a la Patria no se ha escrito aún, y llenará muchos volúmenes. Los hombres de su época, ocupados en hacer historia, no alcanzaron a transmitirla al papel. Entre los que hemos venido después, ninguno se ha sentido con fuerzas suficientes para tan magna tarea.

«Una estatua y una tumba modesta, con una severa inscripción, su solo nombre, son los únicos recuerdos que hemos tributado a la memoria de aquel para quien los arcos de triunfo serían pequeños. ¡Ya que el homenaje ha sido tan insignificante, que al menos contra esta losa sepulcral vengan a estrellarse las olas de las pasiones, sin que ni una gota penetre al recinto que encierra los restos del fundador de la República! El General Santander no es propiedad de ningún partido: no debemos medir su talla colosal en los mezquinos moldes de nuestra política. El Hombre de las Leyes pertenece a la Nación colombiana, porque consagró su vida a libertarla y a levantar sobre los escombros amontonados por la más devastadora de las revoluciones, el soberbio edificio de un pueblo soberano que dotó de una Constitución propia y de instituciones libres. Fue un titán de los que crean naciones a la luz del día, con la espada y con la pluma, no pigmeo que urde partidos en las sombras.

«Los diez y nueve más floridos años de su juventud los consagró Santander al servicio de las armas. Cundinamarca, Cúcuta, Casanare, Venezuela, son festigos de sus sacrificios por la Independencia; varios fueron regados con su sangre generosa. Al lado de Bolívar y de Páez, de Mac-Gregor y de García Rovira, de Urdaneta, de Serviez y de otros cuantos próceres beneméritos, hizo prodigios de valor por todos ellos encaminados. Debido a acciones distinguidas y a sus conocimientos en el arte de la guerra, ascendió uno a uno los peldaños de la jerarquía militar.

«Después de la heroica campaña que culminó en el campo glorioso de Boyacá, para cuya preparación tuvo que luchar con la naturaleza salvaje y el clima mortífero de nuestras llanuras orientales, vencer los obstáculos que desde un principio hasta

el momento de emprender el ascenso a la cordillera le opusieron sus mismos compañeros de armas, aquellos que habían sido el terror de las huestes españolas, formar un ejército organizado con los indómitos llaneros, valerosos y atrevidos como los jaguares que pueblan sus selvas, pero como ellos, dispersos y ajenos de toda disciplina, destruir al adversario atrayéndolo a aquel vasto desierto, sin perder uno solo de sus soldados, después de aquella sorprendente victoria, digo, en que Santander conducía la vanguardia, Bolívar, que rara vez se engañó en la elección de los hombres, le confirió el Gobierno efectivo de la nueva República, con el título de Vicepresidente. Fue entonces cuando el genio y la asombrosa actividad de Santander se mostraron en todo su esplendor. Sin más que dos Secretarios organizó los diversos ramos de la Administración. Al mismo tiempo que con mente creadora formaba una República, despachaba Ejércitos bien equipados y municionados, provistos de armas y de dinero a ayudar a la emancipación de cuatro naciones hermanas.

«Santander no descansaba ni de día ni de noche. De su pluma salían a la imprenta, casi en tropel, las leyes que, como las piedras de talla de un edificio, iban colocándose unas sobre otras, hasta formar el conjunto armonioso de un gobierno bien ordenado; atendía a las varias exigencias de los Jefes de operaciones, sacando de un país arruinado y empobrecido, sin producir trastornos, los hombres y el oro necesarios para preparar los triunfos; se esforzaba en hacer conocer a su Patria en el Exterior para colocarla en el concierto de las naciones independientes, como lo logró, venciendo resistencias que en un principio parecieron insuperables.

«Este cúmulo de operaciones absorbía las facultades del sabio legislador, sin dejarle tregua para el cultivo de los afectos. El cerebro, en permanente actividad, era un volcán que atajaba la salida a los brotes del corazón.

«Una mujer de delicada cultura, hermosa y atrayente, de alma noble, y virtuosa, acertó a pasar por su camino. El héroe se sintió vencido: rindió la espada y la pluma a los pies de doña Sixta Pontón, y de rodillas, ante Dios, la dio su nombre. Desde entonces el culto de la Patria fue compartido con el del hogar. Después de las diarias faenas, en que, artista enamorado de su obra, se empeñaba en pulirla y mejorarla, rendido por la fatiga, y con frecuencia amargado por los desengaños, el grande hombre iba a buscar descanso y alivio entre los brazos de su amante esposa. Doña Sixta amaba a Santander como saben hacerlo las criaturas selectas, como Santa Teresa amó a Jesús, con ardor, con veneración y con desprendimiento. Sólo vivía por él y para él. Parecía buscar su sombra para ocultar sus propios méritos, adyvinar sus pensamientos para satisfacerlos, recrearse en sus obras para sentir las fruiciones de un casto orgullo.

— Cuando el General entregó su alma al Creador, doña Sixta se retiró del mundo. Alrededor de su esposo se había formado una pléyade de patriotas ilustrados en los ejemplos de los próceres, poseídos de entusiasta amor a la República y a sus instituciones, honrados, dispuestos a sacrificar hasta la vida en defensa de sus ideales. Doña Sixta creyó de su deber educar una generación de mujeres que fueran dignas de unirse a ellos y de dotar a la posteridad con una descendencia de ciudadanos útiles. Con perseverante constancia y cristiano celo formó un núcleo de matronas que fueron orgullo de la sociedad, por su cultura y sus virtudes, y cuyos hijos han desempeñado con honor los más altos puestos de la República.

— Así comprendió doña Sixta las obligaciones que debía al hombre ilustre que había sido su esposo.

— Hasta su muerte, reclusa en la casa que había albergado los más felices años de su existencia, la amante viuda conservó con religioso cuidado, en apropiado catafalco, el cadáver de Santander, al pie del cuadro que le recordaba la última agonía del héroe, entre la Religión, representada por el Ilustrísimo señor Arzobispo Mosquera; la ciencia, atribulada al sentirse impotente ante el destino, personificada en el doctor Félix Merizalde, y la amistad, caracterizada en los semblantes abatidos de un grupo de admiradores. Durante veinte años cuidó doña Sixta aquellos restos sagrados, con solícito esmero, sin que se amenguara, ni por un instante, en su corazón, el cariño entrañable que profesaba a la memoria del extinto.

— Cincuenta y siete años hace que murió doña Sixta. Sus restos habían estado separados de los que cuidó con tanto afecto. Hoy, a solicitud de la familia, los hemos reunido en una misma fosa. ¡Dejémoslos descansar en paz en el tranquilo lecho del eterno reposo, sin que vengan a turbar su sueño las notas discordantes de nuestras disensiones civiles!

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL PARQUE DE LA INDEPENDENCIA POR EL DOCTOR FABIO LOZANO T.

Excelentísimo señor Presidente de la República, señoras, señores:

La Academia Nacional de Historia—ilustre instituto modelador de almas para el culto de la Patria—ha querido que en esta vez, como en otras, tenga yo su representación, y me exalta a su tribuna—cerrada siempre a toda causa in-noble, abierta siempre al honor y al patriotismo—para que os hable en su nombre en la hora magna de nuestras re-memoraciones nacionales.

Para que os hable en esta hora única, en que la presente generación vuelve los ojos del espíritu cien años atrás y ve desarrollarse ante su mirada retrospectiva el cuadro inmenso de una epopeya que no soñó la fábula y que vive en la historia como la más alta cima del heroísmo, como la prueba más fehaciente del poder superbo de la voluntad humana cuando sopla sobre ella, en ráfagas creadoras, el huracán de generosos ideales, cuando pugna por crear una entidad internacional independiente y libre, y por levantar sobre su ara a la justicia templada por la misericordia y a la libertad asesorada por el orden.

Obedezco a la Academia, y me descubro ante vosotras, señoras, que me escucháis; os rindo las armas y os pido, como pedían los antiguos caballeros, que acorriéndome con vuestra benevolencia, cambiéis mi timidez en fortaleza y el ánimo perplejo en varonil aliento.

Acorredme vosotras, las núbiles, guirnaldas de rosas mañaneras, que venís a ceñir coronas de inmortales a la frente dormida de los próceres.

Vosotras, las madres, muchas descendientes de los fundadores de la Patria, todas maestras insignes de virtud, viveros de nobles enseñanzas, orgullo de la raza, cumbres inmaculadas de grandeza moral, que sois como esas cumbres blancas de nuestras cordilleras: lo más inaccesible al lodo de la tierra, y lo que primero baña la luz purificadora de los cielos.

Vosotras, las hijas de las hijas de Santander, raza de selección, raza inconfundible y fuerte que estáis mostrándonos aquí, al través de una centuria, en la noble bizarría del porte, en la robusta seriedad de la inteligencia, en la clara concepción de los deberes para con la Patria, que es vuestra sangre la del más gallardo e imponente Jefe de Estado de su época, la del pensador insigne que vio con toda precisión cómo no es la llamarada de la gloria, sino la lumbre tranquila de la ley, la panacea de los pueblos, la del demócrata eximio que pensó siempre, con Vicente Azuero, que un hombre puede ser muy grande, pero no es la Patria, puede ser un héroe, pero no es la libertad, y que, por consiguiente, no hay hombre alguno a quien deban tributársele homenajes que puedan amenguar la Patria o destruir la libertad.

Y vos, noble señora, la hija de O'Leary, sobrina de Soublette, parienta de Bolívar; la del linaje señorial inglés y estirpe procera americana; que sois un broche — broche de oro — entre el hoy y el ayer de la República; reliquia de un pasado glorioso que cada colombiano quisiera guardar para siempre en estuche formado por su propio corazón; que fuisteis en la juventud para los ojos ya cansados de los últimos legionarios, como una visión de primavera, y que hoy, en vuestra senectud augusta, sois como la plácida majestad de una luna que riela en occidente.

*
*
*

Hablemos de la Patria y de los padres de la Patria. Levantemos los corazones, que es hora de amar lo que ya fue, pero que vive en nuestras almas; y es también hora del orgullo nacional, porque la obra que conmemoramos es uno de los más grandes jalones de la libertad del mundo.

A la grandeza de aquella justa de cíclopes, corresponde la excelcitud del desarrollo: fue su escenario la inmensidad límite de las pampas, el lomo temblante de los ríos y de los mares, las horribidas escarpas de las montañas y los páramos. Los justadores de quince años tuvieron como único esparcimiento el batallar; buscaron como único premio su conciencia; como único resultado de su esfuerzo el bien de las generaciones por venir. Por armas tuvieron fusiles primitivos y lanzas y machetes mellados sobre las carnes y los huesos de sus adversarios; por toldo de campaña, el toldo seguro de los cielos, rasgado empero al trueno apocalíptico de San Mateo, para abrir brecha de honor al más grande de los granadinos y más genial de los suicidas, al más formidable artillero de los siglos y al más poderoso emperador de la inmortalidad.

Cien años hace.

En las últimas horas de la tarde del 10 de agosto de 1819 entraba triunfante a esta ciudad Bolívar, el Libertador.

Era entonces un joven: con bizarría de noble castellano llevaba sobre los hombros como mantón de gloria sus treinta y seis años de existencia. Clarín de guerra semejaba el timbre metálico y delgado de su voz; la movilidad extrema de sus músculos copiaba el ondular de hoguera de su alma; negros y abundosos los cabellos, alta y superior la frente, apuesto el ademán, ágil, rápido y resuelto el paso. Y sobre aquel cuerpo atrevido y nervioso, el alma asomándose a unos ojos que tenían en las horas de tempestad la fulgencia zigzagueante del relámpago, y en las horas de calma, la acariciadora sugestión del primer lampo de luz de la mañana. Ojos que contribuyeron poderosamente a que Bolívar fuera lo que fue: un dominador de hombres cuando asomaba a ellos el mandato o la cólera del héroe; un conquistador de voluntades, cuando flotaba sobre ellos la ternura de la amistad o del amor.

Bolívar venía de Boyacá.

Con él llegaban Santander y Anzoátegui, Soublette y O'Leary, Córdoba y París, Rondón y Carvajal; los lanceiros mitológicos del Llano y los incontrastables soldados del interior; los del coraje ardiente como el sol de sus pampas, y los del valor glacial como los helados picachos de sus páramos. Venían también—prisioneros—los soldados españo-

les con su Jefe Barreiro a la cabeza; había para ellos pali-
decido en Boyacá el sol de Bailén y Zaragoza; sobre ese sol
en eclipse se alzaba en el zenit el de la América, el de la li-
bertad de un continente, el que habría de elevarse tanto y
tener destellos tan poderosos que en el andar de los años
habría de ser contemplado por vencedores y vencidos como
el luminar más brillante de sus glorias, como el faro más
luminoso de su porvenir.

Boyacá era un Tabor.

El Calvario quedaba atrás: en las inmensas llanuras
inundadas que había sido necesario recorrer con el agua al
pecho y los fusiles en alto, como antorchas; en los ríos y
caños desbordados que había sido preciso atravesar nadan-
do; en el ascenso de la cordillera y el paso de los páramos,
perdidas las caballerías, desgarradas las plantas, ateridos
los cuerpos, atónitas las almas ante el pavor de aquella na-
turaleza indomable, domada sin embargo por el esfuerzo
pujante de un grupo de desbarrapados heroicos.

El Calvario quedaba atrás en el pelear continuo con el
Ejército español que había esperado a los expedicionarios,
rebotando de confianza y de orgullo, lleno de armas, de per-
trechos, de caballerías, dueño de posiciones inexpugnables
y comandado por oficiales y jefes que habían aprendido el
arte de la guerra señalando a Napoleón el camino de la de-
rrota, del ostracismo y de la muerte.

El Calvario había sido en el Pantano de Vargas, en la
hora trágica en que, perdida casi la batalla, Bolívar, febril-
citante, convulso, grandioso, empero, sobre el vórtice de la
desgracia y de la muerte, había gritado a Rondón: «¡Co-
mandante, salve usted a la República!» Y Rondón y sus
centauros, fieros como leones enhambrados, sublimes
como titanes de la Mitología, raudos como el viento, habían
caído sobre el mar aborroscado de las lanzas y los fusiles
españoles, como el dedo de Dios sobre las aguas del Mar
Rojo, para abrir calle de victoria sobre el campo mismo del
desastre, a la Libertad y a la República.

Boyacá había sido un fiat: súbitamente el Imperio es-
pañol había dejado de serlo sobre la Nueva Granada; tres-
cientos años de dominación extranjera habíanse hundido
en un ocaso tan prolongado como el tiempo; rasgando la
adusta oscuridad de la Colonia, emergía a la vida la Patria
nuestra, fuerte como el ideal de justicia que le había dado
la existencia y que habría de conservarla altiva e hidalga,
serena y segura, libre y soberana, así en las agitaciones de
su juvenil aturdimiento como en las más graves emergen-
cias del futuro.

Boyacá había hecho la libertad de América: sin Boya-
cá habrían sido imposibles Carabobo y Pichincha, Junín y
Ayacucho. Morillo estrechaba entre círculo de fuego a los
patriotas de Venezuela; el poder español dominaba en la

Presidencia de Quito y en el Virreinato del Perú. Hidalgo y Allende, Aldama y Morelos, Mina y Moreno habían pagado con su vida sus ansias generosas de libertadores mejicanos, y allí también, para 1819, la Corona de España se asentaba sobre firmes basamentos. . . . Imaginad perdido a Boyacá, prisionero o muerto al Libertador, presa de facciones la Asamblea de Angostura y la campaña de Venezuela, agobiado, una vez más, por la cuchilla de Sámano el Virreinato de la Nueva Granada, franco y libre para Barreiro el camino de los Llanos. . . . y temblad al pensar lo que pudo ser para la América la pérdida de Boyacá; y levantad un himno de gracias al numen de Colombia que allí cubrió amorosamente con sus alas protectoras la causa justa de la libertad de un mundo.

En aquel amanecer de la Patria, los héroes granadinos—hijos y a la vez padres de ella—le rendían su homenaje filial y alzaban para defenderla sus escudos, forjados en la fragua de su abnegación y patriotismo.

Ellos la habían adivinado en el vivac de las llanuras orientales; ellos habían organizado allí, en medio del desierto, un ejército aguerrido; habían hecho repasar la cordillera al de Barreiro, que osó disputarles el dominio de la pampa; ellos serían después la vanguardia del paso de los Andes; ellos habían, con Santander, iniciado la empresa mitológica que aceptada y regida por Bolívar, era ahora realidad maravillosa; ellos, cuando Bolívar tuvo un momento de vacilación, habían contribuido a decidir con su actitud incontestable la continuación de la marcha; ellos habían peleado bravamente en Paya, en Tópaga, Bonza, Vargas y Boyacá; habían confundido su sangre con la de los soldados venezolanos, y habían aceptado el sacrificio con la fría impasibilidad de los ingleses, que después de su ración de gloria en Waterloo, habían venido a buscarla nuevamente en estos abruptos campos de la América.

A aquel estadio en que los gladiadores eran hércules y el premio habría de ser la resurrección de un continente, habían concurrido Córdoba, hermoso como Apolo, arrojado como Héctor; París, índice de la vanguardia, al caer sobre los campos granadinos: Reyes, a quien el Libertador, con gráfica elocuencia, había cambiado por el de Patria su apellido; Fortoul, Arredondo, Pérez, Guerra, Moreno, Cancino, González, Obando, Morales, Gaitán. . . . Allí estaban —soldados de Dios y de la Patria—fray Joaquín Guarín, franciscano; el fraile Coronel Ignacio Mariño, de la orden dominicana, y el dulce fray Miguel Díaz, Capellán de la vanguardia, muerto bajo el fuego español en Boyacá, en el momento mismo en que nacía la Patria.

Y era su conductor inmediato el General Santander. Si la Nueva Granada, Colombia hoy, no hubiese dado a Venezuela la expedición legendaria de los Ortegas y los Vé-

lez, los Mazas y París, los Girardot y los Ricaurtes; si no hubiese tenido al Precursor Nariño, ni a Camilo Torres, ni a Caldas, ni a Lozano, ni a Portocarrero, ni a García Rovira, ni a Acebedo, ni a Baraya, ni a Mejía; si los mártires de 1816 no hubiesen sido suyos y suyas las Salavarrietas y las Zárates, las Abregos, las Armeros y las Santos; si el sitio de Cartagena no pregonara al través de los tiempos la gloria de sus hombres; si su colaboración decisiva para la libertad de la América del Sur no hubiese sido, ni hubiesen sido granadinos Rafael Cuervo, el salvador de Laserna en Ayacucho, ni Córdoba, el héroe adolescente que decidió aquella batalla; si indiferente y egoísta hubiese permanecido este país ante el huracán que desataban sobre los campos de la América los grandes hombres de 1810, bastárale para su gloria haber producido a Santander.

Santander se destaca sobre aquella época y sobre los hombres que le dieron fisonomía de una era nueva en la vida de la humanidad, como se destaca la mole del Tolima sobre las montañas que la circundan: dominadora y alta, majestuosa y serena.

Sobre él sólo está un hombre: el caudillo de la América, el creador de naciones, el Libertador de un mundo. Pero Bolívar es un sol; Bolívar pertenece a las regiones estelarias y brilla más intensamente, por la conjunción admirable de su genio y de su ideal, que los Alejandros y los Aníbalas, que los Washingtons y los Benaparte.

Santander no es perfecto, porque, si perfecto fuera, sería inconcebible y monstruoso. En lo humano la perfección absoluta sería una deficiencia y una monstruosidad. Pero hombre, al fin, Santander es superior a cuanto le rodea, a cuanto dio la América en su fecundidad soberana en aquella época, considerándolo desde el punto de vista del organizador de pueblos, del vidente de la democracia, del hombre de Estado que abarca con una sola mirada de su inteligencia el campo inmenso de su acción en el espacio y en el tiempo, recoge, ordena, dispone los elementos que han de intervenir en el desarrollo de su plan, y somete al cumplimiento de esa obra a los hombres, al genio y aun a sus personales sentimientos.

Santander es la fortuna de Colombia, y haberlo comprendido es la más extraordinaria manifestación del genio de Bolívar.

Santander, el siervo de la ley, el estadista insigne que colocó desde el primer momento al soldado en su vivac y a la toga en su bufete, que tuvo fortaleza bastante para fundar el predominio del poder civil, frente a la gloria de los héroes y a su propia gloria de militar afortunado — que inició victoriosamente a la República en sus relaciones internacionales y le dio rentas, reglamentos, legislación, justicia, — y que hizo todo esto y pudo, a la vez, organizar ejérci-

tos, equiparlos y enviarlos sobre el Ecuador, sobre el Perú y sobre Bolivia a completar la libertad del continente, es un hombre tan grande que, como la de Bolívar, la gloria suya no cabe dentro de los límites de su Patria, se desborda sobre toda la América y va más lejos, más allá de su raza, a dondequiera que en los confines del mundo haya corazones que amen la libertad y cerebros iluminados por la democracia.

Tiempo es ya de terminar.

Felices nosotros que recibimos la herencia de los próceres y la hemos guardado con amor en nuestros pechos, y hemos podido venir aquí a conmemorar, en estos sitios que velan sus sombras venerandas, la época augusta del nacimiento de Colombia.

Justo es nuestro alborozo. Pero, al lado de él, procuremos darnos cuenta de lo que impone a nuestro deber el pasado que nos ufana y nos congrega. Pensemos que para ser dignos de nuestros progenitores necesitamos amar como ellos a la libertad, defender como ellos los fueros de la ciudadanía, estar listos como ellos a sacrificarlo todo por la Patria.

No es la palabra sino la acción lo que salva a los hombres y a los pueblos; no da gloria el cántico de gloria, sino el empeño esforzado de alcanzarla; no viven la independencia y la libertad en los labios de quienes las pregonan, sino en las inteligencias de quienes las conciben, en los corazones de quienes las aman y en los brazos de quienes las defienden.

¡Bendita sea esta hora y bendita la obra de los libertadores! ¡Sea ella siempre el ideal más caro de los colombianos y el ara de su culto y de sus sacrificios. ¡Viva ella en el tiempo, y allá, en las últimas etapas del futuro, flote, como hoy, inmaculada y libre, la bandera de la Patria!

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 10 DE AGOSTO EN HOMENAJE A SANTANDER,
POR EL DOCTOR MAX. GRILLO

Señoras, señores:

Ayer en el recinto de la Cámara de Representantes hice el elogio del más grande de los colombianos y, con acopio de documentos demostré la trascendencia histórica del pensamiento y de la acción de Santander en la obra de organizar la República en medio del estruendo de las batallas y entre los esplendores de la victoria.

Ocupo hoy esta tribuna, desde la cual me dirijo a un se-

Batalla de Boyacá--2

lecto concurso que, con el orgullo patriótico de los días de solemnes rememoraciones, rodea la estatua del insigne estadista y del guerrero que, a semejanza del romano Fabio, jamás comprometió por intempestivo arrojó el éxito de una batalla, y con acierto que es el mayor en nuestros anales, guió sus soldados al triunfo, y luego hizo que las espadas de diamantinos rayos se rindiesen en respetuoso homenaje en el templo de la Ley ante el derecho de los pueblos.

Designados por los descendientes de Santander para que en esta expresiva manifestación de gratitud del pueblo colombiano al héroe, organizador de la Gran Colombia, lleve la palabra, érame imposible declinar el honor, pues se me elegía invocando mi señalada adhesión a la gloria y al prestigio del libertador granadino y del extraordinario estadista.

Cuando en 1892, centenario del nacimiento de Francisco de Paula Santander, congregáronse unos pocos admiradores del prócer en las gradas del Capitolio para escuchar la palabra cálida y armoniosa de Salvador Camacho Roldán, en elogio del guerrero de las Termópilas de Paya, yo, entonces humilde estudiante, oí en reverente silencio las cláusulas del discurso del estupendo orador que, con vibrantes acentos y en frases fundidas en el horno del espíritu, celebraba la grandeza austera y la figura patricia de quien dijo José Rufino Cuervo que había sido el organizador de la victoria y el creador de nuestro espíritu de nacionalidad. Jamás ha salido un elogio más alto de labios tan puros. Justiciero elogio para el prócer y apenas comparable al que en tiempo de creadoras energías le hizo Bolívar al llamarlo el Hombre de las Leyes.

La cláusulas de fuego, que parecían salir como de un broncíneo clarín de los labios de Camacho Roldán, fueron en parte acalladas por el clamoreo de las campanas de nuestra suntuosa Basílica, la cual echaba a vuelo sus bronces quizá en celebración del guerrero-magistrado que vio las primeras luces del alba, que para él iban a ser soles de gloria, en una ciudad tres veces memorable; quizá repicaban las campanas como aleluya en el centenario del hombre de más sólida envergadura histórica que haya producido la tierra cantada por el poeta argentino entre los atambores del Tequendama y el alumbramiento de las grandes ideas y las generosas ilusiones de la belleza.

¡Cuán distinto este homenaje al de 1892! Entonces un grupo de combatientes ilustres, de caballeros del Santo Espíritu: Aquileo Parra, Teodoro Valenzuela, Carlos Martínez Silva, Luis Robles, Sergio Camargo, Camacho Roldán, se atrevían en un ambiente hostil a proclamar a los vientos que Santander era digno de la apoteosis, o siquiera del respeto de las generaciones libres.

Hoy el homenaje adquiere las proporciones de una consagración definitiva en la conciencia del pueblo. Aquí veo a la mujer colombiana que viene a dejar guirnaldas, coronas de encina y laurel, ante la estatua del clarísimo varón, que honró los timbres de la familia y practicó las más nobles virtudes sociales.

Rodea la juventud, con su anhelo de renovaciones y su ansia de mejores días, el pedestal de este monumento que la República levantó al más genuino de sus héroes; al que Carlyle le asignaría si se tratase de representarla en América ante la posteridad de las naciones.

El pueblo, savia de las sociedades, arcilla en que los creadores modelan el carácter nacional, viene en busca de Santander, porque sabe que el Magistrado insigne representa a la Libertad coronada de los severos rayos de la Justicia.

La pasión sectaria, la incomprensión histórica, hanse quedado ocultas en sus moradas. Si alguna voz disonante contra Santander pudiera escucharse en esta hora, sería a modo de silbido de serpiente entre la hojarasca.

Y, coincidencias que parecen ser anuncios de futuras auroras, mientras yo recogía mi espíritu para recordar los hechos y las virtudes de Francisco de Paula Santander, el que pidió en Europa consejo a los grandes pensadores para aprender a gobernar a los pueblos, y habló con Bentham acerca de los problemas de la democracia, y con Pestalozzi de los sistemas de educación; mientras yo buscaba en el seno de mi alma la frase que pudiera condensar mi respeto por el héroe, en una firme y consciente cláusula, por el cielo de la ciudad eponíma, de la ciudad que a todos nos llama hijos y a todos nos ofrece maternal arrimo, cruzaba sereno y triunfal, como el espíritu grave de Santander, el velívolo, el navío del azur, que presintió el genio latino y realizó la nación eternamente joven y eternamente fecunda.

En las grandes empresas hay siempre una idea cenital, que diría Enrique Beyle; de ella parten las definitivas irradiaciones que consagran la iniciativa de los precursores.

Así es de justicia histórica—y apenas ahora empezamos los colombianos a estudiar nuestra historia—reconocer que en el General granadino nació el pensamiento de la campaña de Boyacá, primero que en ninguno de los demás libertadores y que, después de burlar las asechanzas que en Cariben le tendieron soldados de Páez, arriba al anchuroso llano con el propósito de emprender las jornadas de la independencia de su Patria.

Bolívar, con la intuición poderosa de su espíritu, comprende el acierto del plan del caudillo granadino; facilítale armas y naves y lo envía a Casanare para que mantenga en la llanura, que parece ardiente manto de las cimas heladas de los Andes, el hervir de la libertad, y para que organice

y discipline la vanguardia de las huestes emancipadoras. Durante muchos días y muchos meses el Jefe granadino interroga los horizontes, esperando a cada instante ver asomar la silueta inconfundible de Bolívar, que viene al frente de sus centuaros a contribuir a la independencia de Nueva Granada, como en 1813 la infantería granadina fue desde las márgenes del Zulia hasta el pie del Avila, rescatando en tenaz pugna la independencia de la heroica Venezuela.

Perdidas entre la correspondencia de Santander y Bolívar, descubre el investigador, cuidadoso del detalle, estas líneas, escritas en febrero de 1819:

«Que se mire esta expedición de Casanare con seriedad, pues si Morillo se repitega al Reino no lo sacaremos con 2,000 hombres. De Venezuela, desolada, ha sacado lo que tiene; ¿qué será de Nueva Granada intacta?»

Para el hombre superior, que a las orillas del Apure pensaba entonces en reconquistar a Caracas, debió de ser motivo de profundas reflexiones la insinuación de otros planes militares concebidos por la vasta clarovidencia de su abnegado Teniente. Bolívar [piensa todavía en marzo de 19 en que el ejército de Urdaneta la división inglesa efectúen un desembarco en la costa de Caracas, para apoderarse de esta capital mientras él distrae o bate al enemigo de los llanos de Venezuela. «Las operaciones que yo he meditado—contesta a Santander—y voy a ejecutar, son más aventuradas, pero más decisivas.» Para el General granadino lo que importaba, ante todo, era reconquistar a Nueva Granada, que tenía 2.500,000 habitantes, y podía suministrar todos los soldados necesarios y todos los recursos indispensables para independizar definitivamente a Venezuela.

Antes de que llegue una nueva estación lluviosa, devastadora para las tropas en los llanos, el prudente granadino inclinase a emprender en la sola compañía de sus 1,200 soldados la campaña libertadora de su Patria. Ignorando que ya Bolívar el 26 de mayo había resuelto la expedición sobre la Nueva Granada, escribe Santander a su íntimo amigo Briccio Méndez, cuyo carácter tenía fulgores cívicos como el del organizador, las siguientes palabras, en que parece que la prudencia iba a ceder el puesto a la audacia:

«Estoy resuelto a hacer la calaverada de internarme con lo que tengo, porque si la fortuna favorece con poco, es inmensa la ganancia. Morillo sin la Nueva Granada, esto es, sin la parte útil para la guerra, y poco asegurado en Venezuela, va a quedarse muy embarazado para conservar lo que tiene.»

El 3 de junio llegan a sus manos las comunicaciones de Bolívar, en las cuales le participa su marcha a Casanare para emprender la atrevida campaña que, abierta a la luz

de la victoria en las Termópilas de Paya, habrá de coronar el titánico esfuerzo de los dos campeones unidos en el campo de Boyacá, precursor de las jornadas que emanciparon un Continente. Antes de Boyacá, la guerra de emancipación había sido un pugilato sangriento, sin acción decisiva ninguna. Correspondió pues a Santander, el General que con Sucre comparte en la lucha emancipadora el dón del acierto estratégico, convencer a Bolívar de la necesidad imperiosa de apoderarse de Nueva Granada para poder lograr el objetivo de la independencia.

Al imponerse nuestro héroe de la resolución de Bolívar, exclama: «¡Gloria inmortal al protector de Nueva Granada, al benemérito de la tierra de Colombia!»

El genial caraqueño avanza ya por las llanuras inundadas, con sus soldados desnudos. Un día entre las ruinas de un caserío llanero, los Capitanes de Bolívar, sentados en osamentas de toros salvajes, a la luz de la luna, en noche homérica, habían resuelto la expedición hacia las tierras granadinas. Ponderosa empresa, digna de Jenofonte o de Aníbal. Los torrentes convertidos en ríos detienen el paso de los guerreros; la tempestad atruena el espacio; los caballos, rendidos de fatiga, perecen en caños y tremedales; la fiebre devora a los hombres; la naturaleza los hostiliza. Salen de las llanuras ardientes, pero para penetrar en los helados páramos. Ya no son hombres, son fantasmas que interrogan el cielo. Los centauros han muerto abrazados a sus caballos ateridos. La cuarta parte de la Legión inglesa yace como jalones de un itinerario inmortal en las rugosidades del camino.

Bolívar, el indomable, el tenaz, el fuerte, el constante, vacila, siente la tremenda responsabilidad que pesa sobre sus hombros, y consulta a los suyos acerca de la conveniencia de continuar la campaña, o retroceder al Llano. En la conferencia que con tal objeto celebra Bolívar con sus principales Tenientes, la inteligencia de Santander logra inclinar a favor de la continuación de la campaña el parecer de Lara y de Anzoátegui, y de esta manera vuelve de nuevo a ser el creador del pensamiento que, con manifiesto destino, lo conducía a la victoria.

Los augurios del organizador iban a realizarse, y la liberación de Nueva Granada sería el principio de una serie de victorias en la extensión de América; porque la tierra granadina iba a suministrar los soldados y los recursos para llevar el tricolor del Bárbula hasta las fuentes del Plata y del Amazonas, en las cumbres argentíferas de los Andes del Alto Perú, en donde el Illampu, a semejanza de un diamante soberano, irradia sobre los horizontes su albor eterno.

Los que há tiempo venimos estudiando la proeza figura del organizador de la República, nos proponemos hacer labor histórica, netamente nacional, de justicieras reivindi-

caciones. Ningún prejuicio político entra en nuestras miras. Sólo aspiramos a que las generaciones nuevas aprendan a respetar al más grande de los colombianos, insigne en la guerra e insigne en la paz, varón clarísimo, cuya gloria empieza a resplandecer en la conciencia de sus compatriotas y ha de perdurar entre extrañas gentes.

DISCURSO

DEL DOCTOR ARTURO QUIJANO EN LA PROCESIÓN CÍVICA (PARQUE DE SANTANDER)

Excelentísimo señor Presidente, Excelentísimo señor Ministro de Venezuela, señoras, señores:

La Academia Colombiana de Jurisprudencia no podía faltar en esta ocasión, excelsa y única: se trata de la apoteosis del *Hombre de las Leyes* en el primer centenario de Boyacá.

La Academia celebra en estos momentos sus bodas de plata con la República, pues que veinticinco años justos há que viene consagrándose en servicio de ésta al culto del Derecho, a los ideales de la justicia, a la dignificación de la noble profesión del abogado; y esa Academia no podía faltar aquí, porque ella siempre ha estado de pie en los grandes días de Colombia, así para ofrecer en masa al Gobierno las vidas y haciendas de sus miembros en esa hora que fue la del dolor supremo del desgarramiento de la Patria, como para tributar quizá cual ninguna su homenaje a los fundadores de Colombia y a los jurisconsultos de la Guerra Magna en nuestro primer gran centenario de 1910. Y ahora, en este que celebra la Nación con júbilo indescriptible, puesto que significa el centenario de la victoria, el triple tributo de esa benemérita asociación no ha podido ser más oportuno y delicado.

Primeró, la inauguración del monumento, obra de arte, con que el querer popular, a iniciativa de la Academia, acaba de dotar a la capital en homenaje a un boyacense ilustre, doctor S. Camacho Roldán, a un ex-Presidente de la República que supo llevar sobre su corazón inmaculado «la regia banda de los tres colores»; cantor, en elegante prosa de Castilla, del padre de la nacionalidad, al pie de cuyo bronce tengo el honor de hablaros.

En seguida, la instalación del primer Congreso Jurídico Nacional, convocado para esta fecha por la Academia y que constituye uno de los más espléndidos homenajes a la memoria de los próceres y a sus ideales de justicia y libertad, como en obligante proposición acaba de hacerlo constar la honorable Cámara de Representantes.

Por último, en asocio de la Junta de Festejos, a cuya labor se debe el brillante éxito de estas fiestas centenarias, y de su hermana la ilustre Academia de la Historia, la de Jurisprudencia ha organizado la consagración suprema que entraña esta procesión.

Y aquí hemos traído los miembros de la Academia una corona de laurel ornada con el iris de Boyacá; mas he de ser yo portavoz en estos momentos de esa corporación, como para que así resulten armónicas las proporciones del tributo y las del heraldo, en el pleito homenaje que el señorío y la doncelez bogotanos unidos a cuanto hay de varonil e hidalgo en los tercios de la República, vienen a rendir a este gentil varón, a este gran señor que para el solio republicano tuvo apostura de rey.

Y así, ¿no ha de resultar harto simbólica la representación de la Academia por el que habla, honrando al brillante Magistrado que en rasgo de original patriotismo, digno del repúblico y del financista, solía despojarse de sus deslumbradores uniformes para vestir la manta del país? Tal mi discurso, señores, burda tela nacional, y nada más.

Oíd la observación de un inteligente extranjero: sorprendiáse éste al notar que en nuestros parlamentos, en nuestra prensa, en todas partes, principiásemos los colombianos con aquello de que «aunque no conozco la materia, voy a decir dos palabras,» o lo otro: «aunque no he estudiado el punto, voy a emitir mi opinión.» ¡Y así ha solido resultar la obra colectiva!

Nó; por respeto a la memoria de Santander, por respeto a vosotros, por respeto a la Academia, no me hubiera atrevido a aceptar la honrosa designación que hasta aquí me eleva, si no conociese al menos la materia o no hubiese meditado sobre el punto.

Una y otro estaban indicados: los oradores de este grandioso festival, todos ellos de merecida fama, concedores profundos de la vida y milagros, ¡verdaderos milagros!, del prócer, han hecho el panegírico de sus dotes militares, a propósito de la efemérides que nos congrega. Y así tenía que ser: en agosto de 1919 no cabe sino la evocación de la múltiple silueta de Santander militar; desde el imberbe Subteniente de milicias hasta el acertado Mayor, admirable estrategia de las selvas ocañeras y de la retirada a Oriente; desde el ágil Coronel de las caballerías llaneras hasta el firme visionario de San Miguel, a la hora del desaliento; desde el Jefe de la vanguardia vencedora hasta el General de División, organizador de victorias continentales.

Mi labor está señalada; Bolívar, con su genial precisión, muchas veces única, hizo a su segundo, con una frase, la más grandiosa apoteosis a que en vida pudo aspirar Magistrado alguno: llamólo *El Hombre de las Leyes*.

Por manera que en nombre de una Academia de Jurisprudencia tengo que hablar aquí del «militar jurisconsulto.» Así fue llamado por el más ilustre de sus biógrafos en bella y definitiva característica.

No puede ser un discurso académico; tampoco un estudio analítico; menos aún una disección crítica. Será apenas un medallón; una silueta de cuatro rasgos que, por su propia virtud, y no por la mía, tienen que resultar gráficos, precisos, fotográficos. Esto me bastará.

En momentos de terminar sus estudios y de recibir el doctorado, estalla la revolución de 1810, y al punto, con el entusiasmo de los diez y ocho años, ingresa en las milicias como Alférez y hace a la Patria la aparente inmolación de su carrera de jurista.

¿Quién le hubiera dicho al rubio mancebo cucuteño, que al volver de pocos años, tras de las charreteras de la más alta jerarquía militar, habría de recibir el bastón de Magistrado, apenas cumplidos los veintisiete de edad? ¿Cómo figurarse, para cuán altos destinos necesitaría de sus estudios de jurisprudencia y de las lecciones de Emigdio Benítez y Frutos Joaquín Gutiérrez?

Uno de los pasmos de la historia al estudiar eso enorme y desconcertante que fue la vida de Bolívar, es la admirable precisión, casi siempre matemática, con que supo adivinar a sus tenientes y llevarlos a la eminencia justa adonde podían descollar. En tal concepto, la de Bolívar fue muchas veces superior a la visión napoleónica.

Ese portentoso año de 1819 fue una sucesión, un engranaje de supremas compensaciones: si a Santander se debió el disputar a los Llanos, como el último refugio de la libertad granadina, formando allí el núcleo de la resurrección del Virreinato, a Bolívar debemos la empresa de cíclopes, también presentida y preparada por Santander, que se llamó la Expedición Libertadora a Nueva Granada.

Mas cuando actuaban ya sobre el corazón del país, sobreviene el desfallecimiento, y entonces el General granadino y otros, en gesto digno de Colón y de Cortés, resuelven el trágico problema con un heroico *¡Adelante!*, cabal precursor en la milicia nacional de aquel sublime *¡Armas a discreción y paso de vencedores!* A este insigne servicio, a esa profética previsión, responde Bolívar con algo no menos grande y decisivo: la escogencia del joven Santander para la organización de la gran nacionalidad que acababa de nacer en las rápidas horas de Boyacá.

Y hé aquí entonces la labor suprema del jurista y del mandatario, para la cual nunca serán suficientemente poderosos los ecos de la fama. Fue también aquello una empresa titánica, llevada modestamente a término feliz desde el gabinete por Santander y sus dignos Secretarios.